
Violecia contra violencia. Un análisis de la táctica ‘Black Bloc’

Violence against violence. An analysis of ‘Black Bloc’ tactic

Valerio D’Angelo
Universidad Autónoma de Madrid
valeriodangelo@ymail.com

El poder y la violencia son opuestos; donde el uno gobierna
absolutamente, el otro está ausente.

Hannah Arendt

Resumen

Desde su aparición en Seattle en 1999 hasta las recientes Primaveras Árabes, el Black Bloc ha estado presente en las mayores manifestaciones para la justicia global, donde a menudo ha tenido un papel importante en vehicular las protestas. Sin embargo, a pesar del eco mediático, el fenómeno ha merecido escasa atención por parte de los científicos sociales. Asimismo, se ha visto el uso de la violencia como incompatible con una política democrática. En este artículo me propongo analizar el fenómeno de la violencia política del Black Bloc. En una primera parte se procurará identificar el tipo de violencia a partir de las categorías de violencia política tal y como han sido formuladas por los teóricos de los movimientos sociales. A continuación se brindará una interpretación de la identidad y de la acción política del Bloque que permita contextualizar el fenómeno en el interior del tipo de protesta reticular y democrática que se ha venido desarrollando en los últimos diez años.

Palabras claves: Bloque Negro, violencia política, Estado, anarquismo, ideología, violencia simbólica.

Abstract

From its appearance in Seattle in 1999 up to the recent Arabic Springs, the Black Bloc has been present in the major manifestations for the Global Justice Movement, where it often played an important role in

directing the protests. Nevertheless, in spite of the media echo, social scientist barely deserved their attention to the phenomenon. Likewise, the use of the violence has been seen as incompatible with a democratic policy. In this paper I want to analyze the phenomenon of the political violence in the Black Bloc. In the first part I will try to identify the type of violence from the categories of political violence as they have been formulated by the social movements theorists. Later I will offer a different interpretation of Bloc's identity and action which will let to contextualize the phenomenon inside the web and democratic form of protest which have developed in the last decade.

Keywords: Black Bloc, political violence, State, anarchism, ideology, symbolic violence.

DENTRO EL BLOQUE: ORGANIZACIÓN, TÁCTICA, IDEOLOGÍA

Cuando, con ocasión de la Tercera Cumbre Internacional de la Organización Mundial del Comercio (OMC) que tuvo lugar en Seattle el 30 de noviembre de 1999, centenares de manifestantes vestidos de negros y con el rostro cubierto con cascos y pasamontañas, destrozaron los cristales de bancos y multinacionales (como McDonald, Nike, Gap), los observadores internacionales se encontraron frente a un fenómeno cuya identidad, táctica y filosofía se escapaban de la categoría clásica de “nuevo movimiento social” (NMS, de ahora en adelante). Desde la “Batalla de Seattle”, El *Black Bloc* (o Bloque Negro, BB de ahora en adelante) multiplicó sus actuaciones, siempre con ocasión de eventos como las reuniones del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional, de la Organización Mundial del Comercio, de los encuentros de los Países del G8 y, últimamente, de la Unión Europea.

Los orígenes del Bloque se remontan a diciembre de 1980 cuando decenas de ocupas berlinenses bajaron a la calle equipados con cascos, escudos y armas improvisadas, para protestar contra los desahucios. Posteriormente se llevó a cabo un juicio contra una “organización criminal” conocida como “Bloque Negro (*Schwarzer Bloc*)” y, aunque los cargos fueron retirados, poco después la movilización anarquista *Mayday* en Frankfurt hizo una llamada “para unirse al *Black Bloc*” (Rahmani, 2010). Así pues, se puede rastrear los orígenes políticos del Bloque en el movimiento alemán de los *Autonomen*, que era a su vez una extensión de la Autonomía italiana de los años sesenta y setenta, cuya labor práctica e intelectual marcaba un decisivo alejamiento de las estructuras del Partido Comunista y un giro hacia la autoorganización. Las distintas influencias ideológicas (marxismo, anarquismo, ecologismo, feminismo radical) convergían en la idea de *autonomía* como piedra de toque del movimiento, que se tenía que garantizar a varios niveles: individual, político, de género, decisonal. Como indica George Katsiaficas (2001), se trataba de grupos políticos con un *ethos* igualitario y participativo, donde la autonomía individual y colectiva iban juntas y donde el “aquí y ahora” regulaba la acción política más que cualquier promesa revolucionario-utópica. Durante los ochenta, estos grupos se comprometieron en una serie de acciones contra la energía nuclear, la guerra, el racismo y, en algunos casos,

desembocaron en el enfrentamiento violento con grupos de nazis o con las fuerzas policiales. Esta táctica se difundió pronto en otros países, mayormente a través de revistas de *punk*, encuentros musicales y viajes personales de los mismos activistas, es decir, a través de aquella serie de prácticas colectivas que según McAdam y Rucht (1993) sirven para la promoción y la difusión de una causa. De hecho, ya en 1991 un BB destruyó las ventanas del Banco Mundial en Washington D.C. con ocasión de una manifestación contra la guerra en Iraq. Sin embargo, fue solo con la “Batalla de Seattle” que el Bloque y su táctica se dieron a conocer a nivel mundial. Desde entonces, los medios de comunicación, recuerdan Owens y Palmer (2003), empezaron a prestar mucha atención a la prensa anarquista y a la presencia de anarquistas en las manifestaciones más importantes, aunque se tratase de una atención que iba muy a menudo acompañada a una descripción del Bloque extremadamente negativa. De ello se resaltaba el carácter irracional y vandálico y los *blackers* eran a menudo descritos como un puñado de niños blancos y de clase media (Owens y Palmer, 2003: 350).

A partir de Seattle, el Bloque fue una presencia casi constante en las grandes protestas globales y su *modus operandi* se volvió un patrón más o menos repetido. Tres son, en síntesis, las características más destacadas del Bloque y de las acciones que ha venido desarrollando:

- a) El carácter temporal y cambiante del grupo. El BB no tiene un comité interno ni miembros “oficiales”, se trata más bien de grupos temporales de entre cinco y veinte personas, conocidos como “grupos de afinidad” que a menudo tienen vida solo en el interior de un Bloque y por unas acciones en concreto. Los componentes de un *grupo de afinidad* comparten relaciones no solo políticas, sino también personales y de confianza. Son también conocidos como *amilitant groups*, en cuanto la importancia de las relaciones de amistad (*ami*) entre los miembros se acompaña a la negación de la figura clásica del militante (*a-militant*) (Depuis-Déri, 2010). Además, los distintos grupos que componen un Bloque son totalmente independientes los unos de los otros y no están vinculados por ninguna relación de subordinación. Cada grupo, aunque en un marco general de organización, actúa en relativa autonomía y se puede comprometer con acciones específicas, como la desactivación de las cámaras de seguridad, la distracción de la policía o el socorro de los heridos (Anti-racist Action and The Green Mountain Anarchist Collective, 2001: 11).
- b) Su carácter democrático y horizontal (Milstein, 2010: 75-76). Dado el pequeño tamaño de cada grupo, así como la masiva presencia de anarquistas, las decisiones son tomadas por consenso y en cada grupo se procura respetar los principios de igualdad (ética, de género, etc.) y la autonomía individual (Depuis-Déri, 2011: 60). Este rasgo puede ser visto, de manera a-problemática, como un intento de radicalizar la experiencia democrática y el rechazo a las formas clásicas de representación, a favor de un proceso deliberativo descentralizado, igualitario y participativo.

- c) El uso de la violencia, que puede implicar el destrozamiento de los símbolos del capitalismo mundial, bancos y multinacionales, o el enfrentamiento contra las fuerzas policiales. Sin embargo el uso de la violencia no distingue específicamente las acciones del Bloque, que en distintas circunstancias ha optado más bien por acciones no violentas, como la protección de otros grupos frente a los ataques policiales o la asistencia médica a los heridos. El principio de la autonomía, de hecho, rige lo que se llama *respeto para la diversidad de las tácticas*, es decir, el principio según el cual cada grupo o movimiento de una manifestación elige en autonomía el tipo de protesta más adecuado, que puede o no implicar el uso de la violencia (Depuis-Deri, 2011: 63). Asimismo, los propios miembros del Bloque pueden concertar sus acciones de acuerdo con otros grupos, como los *Tute Bianche*, los *Pink Bloc*, el *Clown Insurgent Rebel Army*, etc., para finalidades que no necesariamente impliquen la utilización de la fuerza (Graeber, 2002: 66).

Estos tres elementos dibujan un paisaje inédito en el interior del mosaico de los NMS, con los cuales el Bloque ha tenido relaciones de cooperación, pero también de choque. Como resulta inmediatamente inteligible, el factor de tensión entre el Bloque y los NMS ha sido el uso de la violencia. En algunas ocasiones, el Bloque ha sido objeto de las más duras críticas (como ha pasado después de Seattle) por parte de los líderes del Movimiento de Justicia Global y ATTAC, que le reprochaban haber desviado la atención de la protesta escenificando el conflicto (Georges y Wolf, 2002: 262); aunque en otros casos, como durante el G20 de Toronto en 2012, las recientes protestas de Barcelona o las manifestaciones en Brasil en 2013, el Bloque recibió un considerable apoyo voluntario por parte de otros manifestantes.

A pesar de la masiva presencia del Bloque en las protestas internacionales, el mundo académico le ha dedicado escasa atención, considerándolo a menudo como una franja extremista de los movimientos sociales de izquierda. Asimismo, se ha visto el uso de la violencia como profundamente incompatible con una sociedad democrática (Habermas, 2008; Rawls, 2006). De esta manera, se ha malentendido sistemáticamente la naturaleza específica del Bloque, su carácter atípico respecto de los NMS y, sobre todo, el papel de la violencia en sus acciones. A continuación examinaremos el tipo de violencia del Bloque, procurando “encasillarla” en algunas de las categorías formuladas por los teóricos de los NMS; veremos cuáles son las variables estructurales de las cuales depende su intensidad, cuál la motivación de los miembros del BB para su uso y cuál es su finalidad general.

UN ANÁLISIS ESTRUCTURAL DE LA VIOLENCIA EN EL BLOQUE NEGRO

Cuando se habla de violencia política, uno se encuentra inmediatamente delante de un concepto polimorfo y difícil de formular como categoría general. Por eso, los científicos sociales han preferido a menudo delimitar y encorsetar dicha definición en ámbitos más

restringidos. Wilkinson (1986: 30), consciente de la imposibilidad de abarcar fenómenos tan distintos como el terrorismo, los motines, las revoluciones, etc., en una única definición, circunscribe la noción de violencia política en el interior de un contexto de normalidad, es decir, el Estado liberal, definiéndola como “la provocación deliberada, o la amenaza de provocación, de una lesión física o un daño con fines políticos” o, de forma subsidiaria, como “la violencia que adviene de forma inintencionada en el curso de severos conflictos políticos”. En cambio, Tilly (1978: 172-188), renunciando a una definición omniabarcante de violencia política, prefiere brindar un análisis histórico de ella y, de esta manera, conjurar el peligro de encasillar dicha noción en una categoría demasiado angosta para fenómenos históricos incompatibles entre sí. Sin embargo, el historiador inglés no renuncia del todo a hallar un hilo conductor, comenzando por el papel que las instituciones han desempeñado en favorecer involuntariamente el recrudecimiento de la violencia entre movimientos en principio pacíficos. Este es el caso, observa Tilly, de algunos de los NMS que utilizan la violencia de manera estratégica, actuando como agentes racionales que presionan al Estado para dar curso a un tipo de política de emancipación. Tilly (Tilly *et al.*, 1997: 326-329) opina que, en principio, ninguna forma de acción colectiva es violenta de por sí, sino que la escalada de violencia está a menudo relacionada con la intervención de actores externos, como la represión por parte del Estado. Dentro de una perspectiva bastante parecida a la de Tilly, Coser (1961) ve en la violencia una respuesta al fracaso del Estado en escuchar y concretar las demandas de nuevos actores sociales: la violencia tendría la triple función de dar visibilidad a los grupos marginados; de dar eco a una demanda de justicia social no escuchada, señalando la desafección social hacia un tipo de régimen político; y, por último, crear un círculo de “solidaridad de la violencia”, donde la violencia de unos grupos encuentra respaldo en la violencia de colectivos afines. Otros autores, como Feierabend (1972), ni siquiera consideran la violencia como un tentativo de ruptura con el orden constituido, sino una condición sistémica de la propia modernidad: esta ha engendrado una generalizada frustración en la medida en que ha desatendido las expectativas de cambio institucional, social y económico, generando por tanto la reivindicación violenta de las promesas incumplidas.

Estos y otros autores, como Tarrow y Mc Adam (2004), han tenido el mérito de dar un doble giro en el estudio de la violencia política respecto de las escuelas anteriores: primero, renuncian a una visión de la violencia como “desviación psicológica” o “frustración individual” que había dominado en la literatura académica de los años sesenta y setenta (Gurr, 1970; Kornhauser, 1959); segundo, abrazan una visión relacional de la violencia política, considerándola parte de un contexto que involucra una multiplicidad de actores, factores estructurales y circunstancias históricas. Este método de análisis, que coloca la violencia dentro de un proceso político más amplio, permite, de hecho, y captarla en su dimensión dinámica, como una variable que influencia y es a su vez influenciada por otros factores. Este enfoque teórico, *grosso modo*, se basa en tres ejes: primero, considera la violencia política como una de las muchas formas de confrontación, dentro de un repertorio de acciones y estrategias más amplio; segundo, entiende los grupos violentos como uno

de los elementos que componen una galaxia donde se mueve una pluralidad de actores con los cuales ellos comparten información y finalidades comunes (grupos afines) o contra los cuales luchan (la policía); por último, investiga la escalada o descenso de la violencia en relación al papel del Estado (Gunning, 2009; Googwin, 2012; Tilly, 2003). En conclusión: la violencia es una forma de participación política que no puede ser descontextualizada con respecto al entorno que la favorece o desanima, a las expectativas de los actores involucrados, al éxito o al fracaso político de su uso.

A este filón de análisis pertenece también el trabajo de Donatella Della Porta (1995), que merece una atención especial por haber relacionado de manera muy satisfactoria el tema de la violencia política con las dinámicas de los movimientos sociales. También Della Porta renuncia a una noción omniabarcante de la violencia, limitándose a definirla como un “repertorio particular de acción colectiva que implica la fuerza física, considerada ilegítima en la cultura dominante” (1995: 3-4.) e incluyendo en este macro-marco una pluralidad de acciones (ataques a la propiedad, revueltas, confrontaciones violentas entre grupos políticos antagonistas, altercados con la policía, ataques violentos dirigidos contra personas, etc.). Al mismo tiempo, Della Porta (1995: 4), consciente de la amplitud de dicha definición, distingue entre una violencia política de baja intensidad, que generalmente no está dirigida contra personas, y un nivel de alta intensidad, que hasta incluye el asesinato político. A esta distinción se añade otra, según el grado de organización del actor responsable de la violencia (esto es: espontánea u organizada). La interacción de las dos variables, es decir, el grado de intensidad y el de organización, engendra cuatro categorías:

- a) *unspecialized violence* (violencia de baja intensidad y sin organización);
- b) *semimilitary violence* (violencia de baja intensidad pero más organizada);
- c) *autonomous violence* (la de grupos poco organizados que enfatizan el aspecto espontáneo del uso a una violencia de alta intensidad);
- d) *clandestine violence* (la de grupos especializados que tienen el objetivo específico de comprometerse en acciones muy radicales).

Al querer encasillar la violencia del Bloque en una de las categorías formuladas por Della Porta, es decir, entrelazando la variable de la intensidad con la de la organización, se obtiene un resultado atípico. En cuanto al primer aspecto, esto es, la intensidad, ya vimos en el primer párrafo que el Bloque hace un uso ocasional y no sistemático de la violencia, que es una táctica complementaria a muchas otras y no el medio exclusivo de confrontación con el Poder. Francis Depuis-Derí (2010: 59-61), en una serie de entrevistas realizadas con “miembros” del Bloque, observa que el uso de la violencia es solo una de las facetas de la militancia de personas que están a menudo involucradas en muchas otras actividades políticas, sociales o de voluntariado. El politólogo canadiense argumenta que, incluso durante los enfrentamientos con la policía, el uso de la violencia es solo la más visible de las muchas actividades que tienen ocupados a los participantes en un Bloque (como la trasmisión de las informaciones con *walkie-talkie* o móviles, el socorro a los

heridos, el abastecimiento de agua o de materiales de protección). En conclusión: el uso de la violencia es un medio auxiliar y no exclusivo para expresar el descontento político y social.

En cuanto al grado de organización, el Bloque es una estructura reticular compuesta por los ya mencionados grupos de afinidad, es decir, las organizaciones informales que se caracterizan por el limitado número de miembros/amigos y por no tener ninguna jerarquía de mando interno y que a menudo se coordinan entre ellos solo pocos días antes del evento. Asimismo, casi no disponen de armas propiamente dichas, sino solo de herramientas autofabricadas, como los cócteles molotov u objetos varios, como adoquines para enfrenarse a la policía (Thompson, 2010: 44). Así pues, la interacción de estos dos factores examinados situaría la violencia del Bloque entre la primera y la segunda categoría de Della Porta, es decir, entre *unspecialized violence* y *semimilitary violence*.

Llegamos a un resultado parecido si consideramos las seis localizaciones de violencia colectiva que, según Tilly (2003), se obtienen entrecruzando el grado de coordinación de la violencia, con la relevancia de las acciones violentas:

- a) *Violent rituals*: las partes, bien definidas y coordinadas, infligen daños contra grupos rivales con los cuales compiten por la primacía y el privilegio social en un espacio colectivo que ellas reconocen (como linchamientos, ejecuciones públicas, etc.).
- b) *Coordinated destruction*: organizaciones especializadas en el despliegue de medios violentos, que utilizan una violencia programática contra personas u objetos, como es el caso de la guerra, el terrorismo, el genocidio.
- c) *Oportunism*: individuos o grupos de individuos que, para defenderse de la violencia y de la represión del Estado, usan medios violentos para obtener fines prohibidos, como saqueos, violación en grupo, piratería, pillaje militar.
- d) *Brawls*: un grupo de personas, durante una reunión generalmente no violenta, se atacan entre ellas o atacan a las respectivas propiedades.
- e) *Scattered attacks*: se produce cuando, en una situación normalmente pacífica, un grupo de actores responde a los obstáculos o a la represión del Poder a través del uso de la violencia de baja intensidad contra cosas o personas.
- f) *Broken negotiations*: pasa cuando, en el curso de una acción colectiva en principio no violenta, uno de los contendientes trata de reprimir o dirigir las acciones de protesta, con el resultado de dividir y polarizar los actores, que responden por medio de la amenaza o el uso de la violencia (también golpes militares, represión, etc.).

Según esta clasificación, la acción del Bloque oscilaría entre los ataques dispersos (*scattered attacks*), en cuanto muy a menudo el uso de la violencia no está planeado de antemano y surge como fruto de las contingencias, y el oportunismo (*oportunism*), como acción reactiva a una represión.

Ahora bien, estas dos clasificaciones, aunque nos permitan medir la intensidad de la violencia del Bloque en base a la organización de la acción violenta y los medios utilizados, pasan por alto el contexto estructural, el compromiso ideológico y las motivaciones individuales de participación en un Bloque. Della Porta, de hecho, tiene el cuidado de analizar los fenómenos violentos a partir de los tres planos de análisis: el macro que considera la estructura general, es decir, el contexto político en el cual se mueven los actores violentos y la relación entre ellos y el Estado; el nivel *meso*, que estudia sobre todo las características ideológicas de los grupos involucrados; y el *micro*, que se enfoca más bien en las experiencias biográficas de quienes participan en el acto violento. Intentemos entonces, siguiendo a Della Porta, abordar la violencia del Bloque según estos tres niveles.

Por lo que se refiere al primer nivel (el *macro*), es preciso considerar el contexto político en el cual el Bloque se mueve y actúa. Como anticipábamos, Tilly, Coser y Della Porta (entre otros) insisten en la importancia de la relación que los movimientos sociales instauran con el Estado: el grado de violencia, su posible escalada o descenso, más que ser variables constantes en el repertorio ideológico de un movimiento, están íntimamente relacionados con el comportamiento de las autoridades institucionales y con sus respuestas a las demandas de estos movimientos. Según Tilly (Tilly *et al.*: 1975), por ejemplo, las formas de acción colectiva ilegales tienen más probabilidad de usar más violencia ante el riesgo de verse sometidas a represalias y que la represión disminuya la intensidad y frecuencia de las acciones colectivas (lo cual hace que el uso de la violencia sea mucho más eficaz para los gobiernos que para los actores antagonistas).

Sin embargo, a la hora de analizar las acciones del BB, la famosa “estructura de las oportunidades políticas”, elaborada por Eisinger (1973) y luego profundizada por más autores, tiene una utilidad reducida. El grado de apertura o de cierre de un determinado régimen político, el grado de estabilidad o inestabilidad de las alianzas políticas, la postura estratégica de posibles aliados, etc., según el clásico marco formulado por Tarrow (1983: 28), sigue siendo útil para el estudio de fenómenos clásicos de acción colectiva, pero resulta insuficiente a la hora de estudiar un movimiento como el Bloque cuyos propósitos, y cuya percepción de las oportunidades políticas, tienen poco o nada a que ver con la política propiamente institucional. Las acciones del Bloque, como veremos a continuación, no procuran “chantajear” al Estado con un incremento de la violencia para poder pactar con ello, y tampoco le quieren provocar para que ello sobre-reaccione de una manera indiscriminada y se aliene a las simpatías de la población (Zwermann y Steinhoff, 2005). Unos pocos ejemplos de la crónica más reciente pueden ilustrar lo que vamos diciendo.

En enero de 2013, en Egipto, tras días de enfrentamientos con la policía, miembros del Bloque consiguieron robar un vehículo acorazado de la policía y conducirlo hasta plaza Tahir, donde le prendieron fuego. En este caso, como ha argumentado eficazmente Mark LeVine (2013), el Bloque quiso, a través de acciones tan espectaculares como la quema de un coche de la policía, “reclamar” su visibilidad como fuerza política dentro de un contexto en el cual la única oposición a Morsi era el débil e ineficaz Frente de Salvación Nacional.

Tras la derrota de Mubarak y la toma del Poder por parte de los Hermanos Musulmanes, las protestas callejeras del Bloque representaron el cauce simbólico de la oposición al Poder. El recrudecimiento de la violencia contra la policía quería dar voz a un descontento general y presentar su violencia como justificada. Distinto es el caso brasileño: en junio de 2013, el Bloque Negro hace su aparición por las calles de Río y San Pablo, confundándose con los manifestantes (casi un millón) que denunciaban el inmenso gasto que suponía para el Estado brasileño el Mundial de fútbol de 2014. Los manifestantes pedían además cancelar la privatización del estadio Maracanã y parar los desahucios de inmuebles que se decretaron para la celebración de grandes festejos en Río (International Development Research Centre, 2013). Las acciones del Bloque siguieron la ola de protesta: al comienzo de octubre, en Río, el Bloque acompañó la manifestación de los maestros del sector público, de los cuales recibió apoyo y solidaridad. En aquella ocasión se dieron altercados con la policía y algunos establecimientos de McDonald y bancos fueron atacados por el Bloque (Davies, 2014). En este caso la presencia del Bloque, su visibilidad, sirvió más bien para reunir y vehicular las principales demandas de la sociedad civil, como un freno a la violencia policial, al aumento de la inflación, un descontento hacia el alto nivel de corrupción pública, la protesta contra la propuesta de ley que prohíbe el aborto también en caso de violación, la subida del precio de los transportes públicos, etc., que permanecieron desatendidas y explotaron cuando Brasil ganó la candidatura al Mundial de 2014. De este modo, si por un lado el prolongado silencio del Estado frente a estas demandas fue determinante para el recrudecimiento de la violencia del Bloque; por el otro, su táctica de “seguir” las distintas protestas tuvo el efecto de reunir demandas distintas en un marco común. Además, el apoyo que recibió el Bloque, sobre todo con ocasión de la mencionada manifestación de los maestros, corrobora la versión de la pluralidad de tácticas del Bloque y del uso de la violencia como una, pero no la única, de estas tácticas. Por último, el reciente caso italiano (12/04/2014): el Bloque actuó durante una manifestación de protesta en contra del *Jobs Act* del Gobierno Renzi y contra la ley sobre los inmuebles propuesta por el ministro Lupi. En esta ocasión, algunos manifestantes vestidos con un abrigo azul (*Blue Bloc*), y que dieron origen a los altercados, se enfrentaron a la policía cerca del Ministerio del Trabajo: seis fueron detenidos y veintiuna personas quedaron heridas. Sin embargo, el caso italiano resalta por su anomalía y dificulta notablemente el análisis acerca del Bloque. Como han notado Griseri y Viviano (2010), en el Bloque italiano, detrás de las máscaras y de las capuchas negras, se esconden grupos anarquistas, así como de extrema derecha. El caso italiano, tristemente conocido por los acontecimientos del G8 de 2001, muestra una doble anomalía: la “indefinición” política del Bloque y la táctica bélica utilizada. Es decir: no solo el Bloque no tiene una clara orientación política, y en ello pueden “participar” tanto anarquistas como grupos de la extrema derecha o simples hinchas de fútbol, sino que privilegia el momento puramente bélico de choque con la policía sobre otros aspectos de la acción. Además, ya durante el G8 de 2001 se dieron unas anomalías que dejaron sin solucionar la relación pasiva frente a los ataques del Bloque, una táctica que sirvió para luego justificar el ataque policial contra los manifestantes pacíficos

(Iglesias Turrión, 2008: 314-349). Más allá del caso italiano, algunos observadores han notado una diferencia táctica general entre Estados Unidos y Europa: si en el primer caso el Bloque renunciaría casi totalmente al choque contra la policía, centrándose más bien en la destrucción de la propiedad, en cambio la experiencia europea privilegiaría una dinámica de oposición violenta con las fuerzas de seguridad (Flugennock, 2000). Para concluir: el uso que el Bloque hace de la violencia parece seguir más bien facciones regionales y oportunismos políticos relacionados con la contingencia histórica que un esquema rígido de réplicas agudas contra el Estado. El uso de la violencia entonces, a pesar de la división ideológica que caracteriza el fuerte componente anarquista del Bloque (que ve en el Estado el principal factor de opresión), está más bien relacionado a las contingencias histórico-geográficas y al oportunismo político.

Sin embargo sería igualmente incorrecto hacer del BB un actor racional que usa métodos violentos solo y exclusivamente para aumentar sus *chances* de éxito político, como una mayor visibilidad o la búsqueda de simpatías hacia la sociedad civil. De hecho, la ideología (el nivel *meso* de análisis propuesto por Della Porta) es un factor muy importante no solo en la elección de las estrategias del Bloque (lugares de encuentros, objetivos para golpear, etc.), sino, sobre todo, en las motivaciones de sus miembros. Aquí el científico social se topa con tres tipos de problemas: primero, la dificultad de encontrar su objeto de estudio. Sería muy arriesgado, en el caso del Bloque, hablar de “ideología”, como de un núcleo claro y coherente de teorías políticas (como para las Brigadas Rojas o el EZLN, por ejemplo), siendo el Bloque un crisol de almas y sensibilidades distintas que comparten el denominador común de la autonomía. Segundo: la única noción que tenemos de esta ideología es a través de los comunicados o las entrevistas a los mismos miembros del Bloque. Tercero, sería peligroso desde el punto de vista científico equiparar ideología y praxis violenta, es decir, considerar la violencia política como una consecuencia directa de una ideología política antidemocrática o antisistema, como avisa la propia Della Porta (1995: 6). De hecho, este método no solo pasaría completamente por alto la influencia del contexto en la detección de las finalidades, así como de la permeabilidad del sistema en integrar las demandas alternativas, sino que resultaría especialmente capcioso al examinar una ideología política como es el anarquismo, que ha sido históricamente acompañada por acontecimientos violentos. Pues, si por un lado se trata de hallar los elementos ideológicos que justifican la violencia, por el otro hay que tener cuidado con no hacer de la ideología la única legitimación/motivación en el uso de la violencia. La politóloga April Carter (1978: 333-334) subraya la vinculación moral del uso de la violencia en el anarquismo clásico: aunque en principio la violencia sea algo incompatible con los valores anarquistas (ninguna sociedad anarquista sancionará nunca el asesinato o el castigo corporal), en algunas ocasiones los anarquistas han accedido al uso de la violencia para prevenir una violencia mayor. Robert Paul Wolff (1969), en cambio, cuestiona la posibilidad misma de formular un concepto adecuado de violencia política, afirmando que esta noción “sirve como expediente retórico para proscribir aquellos usos políticos de la fuerza que uno considera enemigos de determinados intereses centrales” (Wolff, 1969: 613). De

hecho, el debate acerca de violencia y no violencia que tuvo lugar en los Estados Unidos durante la década de los años sesenta (cuando Wolff escribe), estaba irremediadamente comprometido con la postura ideológica de las partes involucradas: los miembros de la clase financiera y las élites políticas identificaban la violencia como el desafío a la autoridad y la amenaza a la propiedad privada, mientras los liberales de clase media estaban dispuestos a tolerar algunas formas de disenso, como *sit-in* y huelgas, mientras no desembocaran en violencia abierta. Asimismo, mientras para los conservadores blancos la violencia era cualquier amenaza “desde afuera”, como el crimen callejero, las revueltas del gueto, las marchas para los derechos civiles, etc., para los negros, los activistas de los derechos civiles o los manifestantes contra la guerra del Vietnam, la violencia era sobre todo la violencia sistémica, la de las fuerzas policiales y del Estado. Wolff (1969: 606) argumenta entonces que el concepto de violencia carece por sí de sentido en cuanto la única violencia “legítima y autorizada” es, weberianamente, aquella del Estado. El autor, simpatizante anarquista, procura desarticular el tinglado legal que rige el Estado liberal y su legitimidad en el uso de la fuerza. La autoridad política del Estado, según él, no puede *de iure* justificarse sino con el uso de la violencia *de facto*, con el inevitable resultado de que el uso estatal de la fuerza no tiene ninguna legitimidad *de jure* y, por lo tanto, no es posible distinguir entre un uso legítimo y uno ilegítimo de la fuerza. La legitimidad, en conclusión, no encuentra otro criterio que el uso de la fuerza misma. Por eso el concepto de violencia política se presenta como intrínsecamente carente de razón y no existe ningún criterio político para el uso legítimo de la fuerza. Sin embargo, el criterio de Wolff es algo problemático: si por un lado niega la existencia de una violencia justa (la del Estado) y una violencia injusta o indiscriminada (la de los actores no estatales), por el otro renuncia *tout court* a determinar qué es la violencia política y, de esta manera, se priva de un criterio de evaluación para discernir fenómenos muy distintos como la guerrilla, el terrorismo estatal, los paramilitares o, en nuestro caso, el Bloque Negro. Por otro lado, ello está en conformidad con la sensibilidad anarquista que reprocha al Estado el monopolio de los criterios de legitimidad y busca, en cambio, mostrar la opresión sobre la cual se funda el monopolio estatal de la violencia. Los comunicados del propio Bloque, como veremos en el siguiente apartado, respaldan esta interpretación cuando subrayan su “violencia defensiva” frente a la violencia sistémica. La mayoría de los militantes replantean la pregunta sobre lo que es un acto de violencia o, como afirma el anarco-primitivista John Zerzan (2004), la destrucción de la propiedad no se puede considerar un acto violento, sino solo una táctica necesaria.

El último nivel de análisis (*micro*) analiza la adhesión individual de los particulares al movimiento y su compromiso con la “ideología”. Depuis-Derí (2010: 54-58), en el estudio que recordamos al comienzo del artículo, afirma que, aunque el lenguaje de los miembros del Bloque esté fuertemente marcado por una retórica revolucionaria o insurreccional, ellos no se ven a sí mismos como revolucionarios. Asimismo, el politólogo canadiense hace hincapié en el hecho de que muchos participantes considerasen el uso de la violencia como un acto legítimo y defensivo contra un sistema violento e ilegítimo, causa de explotación, discriminación, pobreza e infelicidad. Es decir, ellos perciben su acción con una

fuerte connotación moral: casi todos los entrevistados insistían en el aspecto ético de la destrucción de los símbolos del capital y, en consecuencia, veían en el uso de la violencia no tanto un valor intrínseco en contra del “blando” e ineficaz pacifismo, sino el único (y último) recurso contra la brutalidad del sistema.

El análisis que hemos llevado a cabo, aunque nos brinde una útil clave de lectura del fenómeno de la violencia política en el BB, se queda encerrada en una interpretación de tipo clásico o formal, que estudia el Bloque como un NMS y su acción como todavía enmarcada en la racionalidad instrumental. Sin embargo, proponemos aquí un tipo distinto de interpretación, en base a la cual el Bloque da curso a un tipo distinto de subjetividad y, por tanto, de acción política.

IDENTIDAD FLUIDA Y VIOLENCIA SIMBÓLICA. NUEVAS HERRAMIENTAS CONCEPTUALES PARA ABORDAR LA VIOLENCIA EN EL ‘BLACK BLOC’

Tras la caída del muro de Berlín y el derrumbe del imperio soviético (el fin de la historia de Fukuyama), se ha venido configurando, en el mundo occidental, un orden internacional que no solo ha determinado nuevos equilibrios geopolíticos sino que ha también influenciado los sectores de la contracultura y de la protesta política. Ya al comienzo de los años setenta, estos movimientos habían empezado a desengancharse de la dicotomía vigente durante la guerra, pero es solo con la desaparición de la polarización ideológica que estos grupos encuentran vías alternativas (al comunismo ortodoxo) para expresar el disenso y la protesta al capital. Ya los primeros observadores de los NMS, como Touraine (1965, 1969) y Melucci (1976, 1999), notaron un neto cambio de paradigma de estos movimientos respecto del movimiento obrero clásico. Ellos ya no planteaban el conflicto en términos de lucha de clase o de un cambio de las condiciones estructurales, sino que abrazaban una visión posmaterialista (Ingleheart, 1977) que abogaba por la redefinición de los valores de la identidad, la cultura y el sentido. Estos movimientos rompen con la idea “clásica” de militancia y de cambio de las condiciones sociopolíticas. Como ha notado Offe (1985), ellos desarrollan una crítica metapolítica al orden social y, más en general, a la democracia representativa y llegan a desafiar los cauces tradicionales de “hacer política”, es decir, la toma del Poder. Recogiendo el legado de los movimientos del 68, los NMS acaban con una visión vanguardista del proletariado industrial como sujeto del cambio político y abogan para una democracia directa que no se deje atrapar por los aparatos del Poder (Wallerstein, 2004: 350 y ss). Esto no significa que ellos renuncien a una visión conflictiva de las relaciones sociales, sino que desplazan el conflicto a ámbitos que no han sido considerados tradicionalmente por la teoría marxista: el género, la raza, la vida privada, etc. (Melucci: 1989). En conclusión: estos nuevos actores no piden la intervención del Estado, sino que procuran protegerse de una excesiva presencia del Estado en la vida diaria de los individuos. Tras la influencia de los movimientos feminista y poscolonial de los años

sesenta y setenta, el tema de la identidad, en particular, cobra una relevancia especial. Conscientes de la construcción cultural de la identidad (de raza, género, etc.), estos movimientos empezaron a pensar la identidad como uno de los objetos de la contienda con el Poder: si, de hecho, la identidad es un proceso inacabado y en continua formación, entonces su construcción es una reivindicación colectiva de intereses en perpetuo cambio (Cohn, 1985: 694). Estrictamente relacionado con la cuestión de la identidad, el factor cultural jugó un papel determinante: los NMS intentaron transformar los códigos culturales dominantes, sustituyéndolos por una práctica de vecindad, donde las relaciones personales, cara a cara, formaban un micronivel de la acción política que no podía ser capturada por el macronivel de las relaciones de poder (Darnovsky, Epstein, y Flacks 1995: xiv). Estos cambios iban acompañados por el abandono de las lógicas decisoras de partido (que seguían vigentes en los sindicatos) y a ellas se prefirió un sistema más horizontal, como la toma de decisiones por consenso o el carácter antiautoritario de la organización (Della Porta y Diani, 2006).

El movimiento anarquista también estuvo influido por este cambio, aunque más a nivel ideológico que práctico (las decisiones tomadas por consenso o el carácter horizontal de la organización son una constante del movimiento libertario desde su nacimiento). Neal (1997) habla de un paso desde un anarquismo con la "A" mayúscula a un anarquismo de "a" minúscula, diferenciando entre una teoría y una práctica caracterizadas por un alto nivel de compromiso ideológico (la "A" mayúscula) y un anarquismo menos orientado ideológicamente que deja de lado los imperativos dogmáticos y abraza más bien la praxis antiautoritaria e igualitaria. Más recientemente, David Graeber (2002), retomando la distinción de Neal, sostiene el carácter no sectario y abiertamente democrático de estas nuevas formas de organización que "no carecen de ideología [...], ellas mismas son la ideología" (2002: 70). En conclusión: en los años noventa y en la primera década del siglo XXI hay un significativo cambio de perspectiva ideológica en el anarquismo, que acaba por englobar en su repertorio influencias marxistas, situacionistas, surrealistas, etc. La identidad (anarquista) y el rigor ideológico ceden el paso a una lógica de afinidad con otros grupos (posmarxistas, ecologistas, autónomos, etc.). Pues, si por un lado el anarquismo se desprende de su legado más dogmático, por el otro, hay una difusión de las prácticas libertarias en los NMS.

Sin embargo, solo muy parcialmente se puede adscribir la lógica del Bloque a la de los NMS. Ello podría mejor encajar en la categoría formulada por el sociólogo Richard Day (2005) de *newest social movement*. Con ello el autor indica un tipo de acción no-hegemónica, orientada a la construcción de alternativas al interior del Estado-nación y contra de ello. Day argumenta que los NMS siguen siendo orientados hacia el espacio estatal, es decir, hacia el momento hegemónico de la política. Ellos seguirían pensando en términos de mejoras de las estructuras existentes y, aunque no miren a la toma del Poder, sin embargo, procuran influir sobre ello. Diversamente, los "más nuevos movimientos sociales" quieren desenmarcarse de esta lógica y dan vida a un tipo de acción política que no quiere ni la toma del Poder ni lograr mejoramientos al interior del Estado (2005: 68-70).

En la obra de Day se vislumbran dos procesos que contribuyeron al paso de la política de la hegemonía a la lógica de la afinidad.

Primero, la cuestión de la identidad. Mientras los NMS seguían atrapados en una política de demanda de reconocimiento identitario, los MNMS en cambio (y tras la influencia de los movimientos poscoloniales, *queer* y posfeministas) fomentan una política de la solidaridad que prescinde del reconocimiento estatal (2005: 192).

Segundo: la acción de los MNMS se desplaza de una política de protesta y petición a la de la prefiguración de alternativas. Es decir, ellos no plantean la alternativa política como algo “por venir” sino que actúan como embrión y experimentos para relaciones sociales más justas (2005: 41). El mismo concepto lo ha expresado el politólogo Benjamin Arditi (2012), refiriéndose a los movimientos de las Primaveras Árabes y relacionándolos a un movimiento global más amplio que une a los indignados españoles, *Occupy Wall Street*, y los estudiantes chilenos. Todos ellos, afirma, no tienen un plan, son ellos mismos el plan, es decir, ellos mismos dan vida, en la protesta, a un tipo de acción prefigurativa de políticas futuras.

Las dos características entrañan también al Bloque.

Primero, la cuestión identitaria. No solo el Bloque no reivindica una identidad fija, sino que tampoco hace del factor identitario el pivote de su lucha política. Cuando la socióloga Amory Starr (2005: 227) define el Bloque como una táctica, una modalidad de acción, más que como un grupo con contornos nítidos, está precisamente subrayando esta subordinación de cualquier política de la identidad al carácter móvil e indeterminado de la acción o, más sencillamente, a la preponderancia de la práctica sobre la teoría. Podríamos asimilar esta estructura a la noción de máquina de guerra nómada de Deleuze y Guattari (2002). Se trata de un mecanismo que se coloca en una relación de exterioridad con respecto al Estado, de un no-lugar desprovisto de una identidad propia, de un sitio de la pluralidad, de las diferencias y del devenir, que consigue escapar-se a la codificación del Estado en cuanto que elude sus estructuras binarias. Pues, mientras “La forma-Estado, como forma de interioridad, tiene tendencia a reproducirse, idéntica a sí misma a través de sus variaciones”, en cambio “la forma de exterioridad de la máquina de guerra hace que esta solo exista en sus propias metamorfosis [...] La exterioridad y la interioridad, las máquinas de guerra metamórficas y los aparatos de identidad de Estado [...] no deben entenderse en términos de independencia, sino en términos de coexistencia y competencia, en un campo en constante interacción” (2002: 367-368). Los dos autores precisan que se trata de un modelo, además de conceptual, también social y funcional, que se sale del intento de codificación del Estado para crear y recrear un espacio diferencial. Es un no-sitio, precisamente por la ausencia de toda esencia y de autoridad central y, por ende, fundamentalmente hostil a la lógica del sitio, de la unidad y de la autoridad sobre la cual se basa el Estado. Este modelo resulta útil para entender la lógica interna del Bloque, su carácter plural y descentralizado, su radical irrepresentabilidad e irreductibilidad a cualquier identidad fija. Esta política posidentitaria, por la cual el Bloque no se constituye como sujeto político unitario sino en

su verdadera fragmentariedad, responde a lo que el sociólogo A.K. Thompson (2010: 22) ha llamado “la voluntad de suplantar la representación con la producción”: los activistas del Bloque rechazan las formas tradicionales de representación política (el Estado, pero también el partido, el sindicato, etc.) y procuran producir ellos mismos su modalidad de acción. A este respecto, merece atención el uso metafórico y no solamente táctico (la necesidad de no ser identificados por las cámaras de seguridad) del uso de la máscara (el pasamontañas, los cascos, las capuchas, etc.). Esta expresa la voluntad de enseñar una “identidad política” que no se limita al nacimiento de una nueva subjetividad (feminista, indígena, homosexual, etc.) sino una distinta manera de “ser político”. La máscara es una estrategia que procura deshacerse de las formas clásicas de representación política de las identidades y, por ende, simboliza el rechazo a la identidad individual que requieren el Estado y los partidos para “representar” sus miembros. Pero la máscara significa también la creación de una identidad universal inclusiva y abierta en la cual confluyen las identidades particulares (no todos son blancos, negros, mujeres, homosexuales, etc., pero todos los blancos negros, homosexuales, mujeres pueden ser Black Bloc). Por último, como ha observado Thomas Nail (2013), la máscara responde al principio libertario de derribar las jerarquías políticas: reemplaza la visibilidad de la cara del líder/representante, con un anonimato igualitario sin líderes ni seguidores.

Segundo, el carácter prefigurativo de la acción del Bloque. Como ya tuvimos ocasión de ver, el BB procura reproducir a su interior los rasgos de una utópica sociedad por venir. Este es el sentido de la lógica de la afinidad que une en vínculos de amistad y solidaridad a los miembros del BB, pero también de la democracia directa que se refleja en las decisiones tomadas por consenso o en el carácter autogestionado y antiautoritario de los grupos (Pleyers, 2004: 127).

A raíz de lo dicho, ya se nos plantea otra posible manera de entender el uso de la violencia que, además de sus componentes práctico-instrumentales, cobra una función simbólico-expresiva (Riches, 1986: 11). Pues, mientras las primeras tienen la finalidad de transformar el entorno político-social, la segunda, en cambio, pone el énfasis en la comunicación del mensaje político que quieren transmitir. La violencia del Bloque, como vimos, no aspira a la transformación del contexto político-social (o por lo menos el BB no apunta a esta meta a través de métodos violentos) sino que “escenifica” un distinto entendimiento del hecho social y político. El Bloque da vida a un nuevo lenguaje (Graeber: 2002: 66) que combina exhibiciones espectaculares de violencia icónica (Beeman, 1993), la lucha para la visibilidad mediática (Thompson, 1995), y una movilización de los recursos simbólicos entre los activistas. El ataque a los símbolos del capital (McDonald’s, Starbucks, etc.) es ante todo una *comunicación pública* que quiere proveer un marco interpretativo distinto del discurso legitimador (del capital). Ello quiere señalar la violencia misma como la condición más primigenia del orden político-social vigente. Zizek (2009) ha planteado la cuestión en términos de enfrentamientos entre una violencia visible y “subjetiva” y una violencia invisible y “objetiva”, fruto de las consecuencias del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económicos y políticos:

“La cuestión está en que las violencias subjetiva y objetiva no pueden percibirse desde el mismo punto de vista, pues la violencia subjetiva se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se ve como una perturbación del estado de cosas ‘normal’ y pacífico. Sin embargo, la violencia objetiva es precisamente la violencia inherente a este estado de cosas ‘normal’. La violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento. La violencia sistémica es, por tanto, algo como la famosa ‘materia oscura’ de la física, la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva. Puede ser invisible, pero debe tomarse en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecen ser explosiones ‘irracionales’ de violencia subjetiva” (2009: 10).

El filósofo esloveno argumenta entonces que siendo la violencia “objetiva” un estado de cosas que se percibe como normal, ella es invisible y su presencia resalta solo frente a episodios de violencia subjetiva. Pero fue Foucault (2010: 27) el primero en percatarse del carácter bélico de las relaciones sociales. Dando la vuelta a la conocida expresión de Von Clausewitz, Foucault propone estudiar las relaciones sociales según el “modelo de guerra” y la tarea del investigador social será exactamente la de “tratar de descifrar el poder político en términos de guerra, de lucha, de enfrentamiento” (2010: 27). La Ley, en vez de ser consenso y acuerdo, esconde constantemente el choque de fuerzas (tanto al nivel estatal como microfísico): la guerra es la condición ontológica de la política, el ser oculto de todas las relaciones sociales y políticas. Todas las leyes y las instituciones no son nada más que la codificación cristalizada de aquellas que antaño fueron conquistas bélicas. Estos discursos se pueden perfectamente aplicar a la filosofía del Bloque, como resuena en muchos de sus comunicados. Entre estos, el primero que fue emitido poco después de la “Batalla de Seattle”, enseña que los miembros del Bloque eran bien conscientes del papel simbólico de la violencia (ACME, 2000):

“... cuando rompemos un cristal, buscamos destruir la sutil línea de legitimidad que rodea los derechos de la propiedad privada. Al mismo tiempo, exorcizamos aquel tinglado de relaciones sociales violentas y destructivas en que está imbuido casi todo lo que está a nuestro alrededor. ‘Destruyendo’ la propiedad privada, convertimos su valor de cambio limitado en un valor de uso expandido [...] muchas personas ya no verán la ventana de una tienda o un martillo de la misma manera que antes. El empleo potencial del panorama urbano entero ha crecido en un millón de veces [...] las ventanas rotas se pueden arreglar o sustituir, pero esperamos que persista por mucho tiempo el hecho de infringir la aceptación pasiva [...] la propiedad privada, especialmente la propiedad privada de las multinacionales, es en sí misma, más violenta que cualquier acción contra de ella... en una sociedad basada sobre los derechos de propiedad privada, los que son capaces de

acumular lo que otros necesitan o quieren, tiene un poder mayor. Consecuentemente, ellos ejercen un control mayor sobre lo que otros perciben como necesidades o deseos, generalmente para el incremento de su provecho” (2000).

En pocas palabras: la violencia del Bloque es una violencia simbólica no tanto en el sentido, bastante obvio, de que golpea los símbolos del capital, sino que intenta romper con la significación válida del símbolo, revelando el juego de fuerzas que se esconde detrás de ello. Se trata de un proceso de deontologización. Así pues, el uso de la fuerza, lejos de ser un acto de modificación del contexto político-social, es en cambio una intervención sobre la única significación (aceptada como) válida: la violencia conlleva el vaciamiento del significante para iluminar el juego de fuerzas que han engendrado el significado. La violencia, con su bruta materialidad, penetra en el terreno del imaginario y del simbolismo para hacerse con la uniformidad de la significación válida. La violencia del Bloque forzaría al sistema al revelar la guerra que se agita detrás de la supuesta paz social y, de esta manera, alumbraría aquel “afuera” del significado corriente, en cuanto el único proveedor de sentido. Es decir, si la destrucción de los cristales del McDonald’s, las fachadas de las multinacionales o los cajeros de los bancos, revela la fragilidad de la ilusión que los sostienen, pues el uso de la violencia deconstruye cierto imaginario y, en este sentido, procura derribar la ideología. Para decirlo en las palabras del ya citado AK Thompson (2010: 9) “el disenso existe en un espacio indeterminado entre el significante y el significado, entre la política y su fetiche representacional”.

CONCLUSIÓN

En este artículo hemos intentado explicar el uso de la violencia dentro del Bloque Negro. Vimos que el uso de la violencia no se debe tanto a una elección fija, sino que depende de un conjunto de factores tanto estructurales como coyunturales y donde la contingencia política y la visibilidad del evento juegan un papel fundamental. Al mismo tiempo vimos que las herramientas clásicas de análisis de la violencia política se revelan insuficientes a la hora de investigar un fenómeno que se escapa de la categoría clásica de movimiento social. Nuestro examen de la composición del Bloque, de los contextos en los cuales actúa, así como de su ideología, si por un lado no indica patrones rígidos en el uso de la violencia (respuesta estatal, intransigencia ideológica, etc.), por el otro revela un fuerte componente comunicativo-simbólico que busca desvelar la violencia sistémica de sus objetos de ataque. Nos parece entonces que la teatralidad de la violencia del Bloque, más que el mero espectáculo del uso de la fuerza, tenga la finalidad de enseñar la violencia como el verdadero fundamento del sistema al cual se opone. Por esto, fallan el tiro las dos versiones opuestas acerca del “comienzo de las violencias”: quienes consideran el Bloque como el principal atacante de las fuerzas policiales, y quienes en cambio lo consideran una fuerza reactiva y que solo se defiende de los abusos de la policía. La primera asimila las

acciones del Bloque al puro acto vandálico, casi a una pelea de estadio. Esta visión va a menudo acompañada por el análisis que respalda la vieja tesis de la “desviación” psicológica de los miembros involucrados y pasa por alto (consciente o inconscientemente) la dimensión contextual de la violencia. En cambio, la segunda postura, compartida por los propios militantes, hace hincapié en el aspecto moral de la violencia del Bloque y la legitimidad en contestar al sistema con cualesquiera medio. Nosotros, en cambio, propusimos leer el Bloque como una organización atípica al interior de los NMS, ya por lo que se refiere a su composición interna, ya con respecto a las finalidades que se propone. En ello, la decisión de acudir a la violencia, ya sea por oportunidad política, ya por elección ideológica, es solo una de las formas a través de las cuales los grupos de afinidad de un Bloque procuran poner en práctica la acción directa y la democracia deliberativa. La violencia es percibida como un tipo de acción compartida e igualitaria, que pretende tener un papel transformador no tanto en el sentido de transformación “total” y escatológica, sino como deontologización del sistema vigente. La violencia, en conclusión, quiere ser una modalidad de la acción colectiva que, en las intenciones de sus promotores, resulta eficaz en la medida en la que consigue comunicar un “otro” contenido acerca de la violencia misma, es decir, lo de ser la condición para el funcionamiento del sistema.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a los dos revisores anónimos por los útiles consejos que han hecho posible este trabajo.

Referencias

- ACME Collective. 2000. *N30 Black Bloc Communique*. Disponible en web: <http://theanarchistlibrary.org/library/acme-collective-n30-black-bloc-communique> (consulta: 21 de abril de 2014).
- Arditi, Benjamin. 2012. “Insurgents don’t have a plan, they are the plan”, *Journalism, Media and Cultural Studies*, 1 (1): 1-17.
- AA. VV, 2003. *Black Block Rising. Social network in Brasil*, SecDev Analytics and The Igarapé Institute, International Development Research Centre, Ottawa.
- Beeman, William O. 1993. “The anthropology of theater and spectacle”, *Annual Review of Anthropology*, 22: 369-393.
- Carter, April. 1978. “Anarchism and Violence”, en J. Pennock y J.R. Chapman (eds.), *Nomos XIX – Anarchism*, New York: NYU Press, pp. 320-340.
- Cohen, Jean. 1985. “Strategy or identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements”, *Social Research*, 52 (4): 663-716.
- Coser, Luis. 1961. *Las funciones del conflicto social*. FCE: México.

- Darnovsky, M., B. Epstein y R. Flacks (eds.). 1995. *Cultural Politics and Social Movements*. Philadelphia: Temple University Press.
- Davies, Wyre. 2013. *Black Bloc hijack teacher's protest*. Disponible en web: <http://www.bbc.com/news/world-latin-america-24453113> (consulta: 20 de abril de 2014).
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari. 2002. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Della Porta, Donatella. 1995. *Social Movements, Political Violence, and the State*. Cambridge: Cambridge University Press
- Della Porta, Donatella y Mario Diani. 2006. "Social Movements and Organizational Form", en *Social Movements: An Introduction*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Depuis-Déri, Francis. 2010. "Anarchism and the politics of the affinity groups", *Anarchist Studies*, 18 (1): 40-61.
- Depuis-Derí, Francis. 2010. "Black Blocs ten years after Seattle", *Journal For The Study of Radicalism*, 4 (2): 45-82.
- Eisinger, Peter K. 1973. "The Conditions of Protest Behavior in American Cities", *American Political Science Review*, 67, 11-28.
- Feierabend, Ivo K. 1972. "Systemic Conditions of Political Aggression: An Application of the Frustration-Aggression Theory", en Ivo K. Feierabend, Rosalind L. Feierabend y Ted R. Gurr (eds.), *Anger, Violence and Politics, Theories and Research*. Englewood Cliff: Prentice Hall, pp. 136-183.
- Flugenock, Mike. 2000. *A16, a sort of Epilogue: Black Bloc*, Salute. Disponible en web: <http://www.sinkers.org/a16/blackbloc/> (consulta: 21 de abril de 2014).
- Foucault, Michel. 2010. *Genealogía del racismo*. La Plata: Editorial Altamira.
- George, Susan y M. Wolf. 2002. *La Mondialisation libérale*. Paris: Bernard Grasset-Les Échos.
- Goodwin, Jeffrey. 2012. "Introduction to a special issue on political violence and terrorism: political violence as contentious politics", *Mobilization*, 17 (1): 1-5.
- Graeber, David, 2002. "The New Anarchists", *New Left Review*, 13 (5): 66-78.
- Griseri, Paolo y Francesco Viviano, 2010. *Violenti, organizzati o "cattivi" per caso. Da destra e da sinistra un mondo contro*. Disponible en web: <http://inchieste.repubblica.it/it/repubblica/rep-it/2011/10/20/news/mappa-23593744/> (consulta: 20 de abril de 2014).
- Gunning, Jeroen. 2009. *Critical Terrorism Studies: A New Research Agenda*. London: Routledge.
- Habermas, Jürgen. 2008. *Conciencia moral y acción comunicativa*. Trotta: Madrid.
- Iglesias Turrión, Pablo. 2008. *Multitud y acción colectiva postnacional: un estudio comparado de los desobedientes (2000-2005)*. Tesis Doctoral, Departamento de Ciencia Política y de la Administración II, Universidad Complutense de Madrid.
- Inglehart, Ronald. 1977. *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- Katsiaficas, Georges. 2001. "The Necessity of Autonomy", *New Political Science*, 23 (4): 547-553.

- Kristeva, Julia. 1986. *The Kristeva Reader*. New York: Columbia University Press.
- LeVine, Mark. 2013. *The Revolution back in black*, AlJazeera. Disponible en web: <http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2013/02/201322103219816676.html> (consulta: 20 de abril de 2014).
- McAdam Doug y Dietrich Rucht. 1993. "The Cross-National Diffusion of Movement Ideas", *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 528: 56-74.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly. 2004. *Dynamics of contention*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Magnoli, Demetrio. 2014. *Nas franjas do Black Bloc*. Disponible en web: <http://oglobo.globo.com/opiniao/nas-franjas-do-black-bloc-9534183> (consulta: 20 de abril de 2014).
- Melucci, Alberto. 1999. *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Melucci, Alberto. 1976. *Movimenti di rivolta. Teorie e forme dell'azione collettiva*, Milano: Etas.
- Melucci, Alberto. 1989. *Nomads of the Present*. London: Hutchinson Radius.
- Montes, Jérôme. 2001. "Mouvements anti-mondialisation: La crise de la démocratie représentative", *Études internationales*, 33 (4): 773-782.
- Milstein, Cindy. 2010. *Anarchism and Its Aspirations*. Oakland, AK Press.
- Nail, Thomas. 2013. *The politics of the mask*. Disponible en web: http://www.huffingtonpost.com/thomas-nail/the-politics-of-the-mask_b_4262001.html (consulta: 20 de abril de 2014)
- Neal, David, 1997. *Anarchism: Ideology or Methodology?* Disponible en web: <http://theanarchistlibrary.org/library/dave-neal-anarchism-ideology-or-methodology> (consulta: 21 de abril de 2014).
- Offe, Claus. 1985. New Social Movements: Changing Boundaries of the Political. *Social Research*, 52, 817-868.
- Owens, Lynn y Kendall L. Palmer. 2003. "Making the News: Anarchist Counter-Public Relations on the World Wide Web", *Critical Studies in Media Communication*, 20 (4): 335-361.
- Pleyers, Geoffrey. 2004. "Des black blocs aux alter-activistes: Pôles et formes d'engagement des jeunes altermondialistes", *Lien social et politiques*, 51: 123-134.
- Rahmani, Sina. 2009. "Macht kaputt was euch kaputt macht: On the history and the meaning of the Black Block", *Politics and Culture*, 4. <http://politicsandculture.org/2009/11/09/macht-kaputt-was-euch-kaputt-macht-on-the-history-and-the-meaning-of-the-black-block/> (consultado el 21/10/2014).
- Rawls, John. 2006. *Teoría de la justicia*. México: FCE.
- Riches, David. 1986. *The Anthropology of violence*. Blackwell: Oxford.
- Saviano, Roberto. 2010. *Lettera ai ragazzi del movimento*. Disponible en web: http://www.repubblica.it/scuola/2010/12/16/news/lettera_saviano-10251124/ (consulta: 20 de abril de 2014).
- Starr, Amory. 2005. *Global Revolt. A guide to the movements against globalization*. New York: Zed Books.

- Tarrow, Sidney. 1983. *Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change during Cycles of Protest*. Western Societies Paper 15. Ithaca: Cornell University.
- Tilly, Charles. 1978. *From Mobilization to Revolution*. Random House: New York.
- Tilly, Charles. 2003. *The Politics of Collective Violence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, Charles, Louise Tilly y Richard Till. 1975. *The Rebellious Century 1830-1930*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Thompson, Andrew. K. 2010. *Black Bloc, White Riot: Anti-Globalization and the Genealogy of Dissent*, Oakland: AK Press.
- Thompson, John B. 1995. *The media and modernity: a social theory of the media*, Stanford: Stanford University Press.
- Touraine, Alain. 1969. *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel.
- Touraine, Alain. 1965. *Sociología de la acción*. Barcelona: Ariel.
- Wallerstein, Immanuel. 2004. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid, Akal.
- Wilkinson, Paul. 1986. *Terrorism and the liberal State*. New York: New York University Press.
- Wolff, Robert P. 1969. "On Violence", *The Journal of Philosophy*, 66 (19): 601-616.
- Zerzan, John. 2004. *Futuro Primitivo*. Valencia: Numa Editorial.
- Zizek, Slavoj. 2009. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.
- Zwerman, Gilda y Patricia G. Steinhoff, 2005. "When Activists Ask for Trouble: State-Dissident Interactions and the New Left Cycle of Resistance in the United States and Japan", en Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller (eds.), *Repression and Mobilization*. Minneapolis: University of Minnesota, pp. 85-107.

Presentado para evaluación: 5 de mayo de 2014

Aceptado para publicación: 10 de octubre de 2014

VALERIO D'ANGELO, Universidad Autónoma de Madrid
valeriodangelo@ymail.com

Licenciado en Ciencias Políticas por la LUISS Guido Carli de Roma y magíster en Relaciones Internacionales por la misma universidad. Actualmente está cursando un doctorado en Filosofía Política en la Universidad Autónoma de Madrid.